

Coronel Pérez-Zamora: ¡Esto es Cuba, muchacho!

Querido tío Aurelio:

En medio de la enorme indignación que me ha causado la noticia de tu asesinato, y sin nada de la hipócrita serenidad que se nos predica a fin de que permanezcamos sordos, mudos y paráliticos ante vuestras muertes, que son la muerte de España, han ido pasando ante mí, atropelladamente, imágenes de nuestra vida pasada.

Dentro de poco serán los funerales oficiales, hechos a la sombra de los muros de un cuartel, que si es marco apropiado para la despedida de un militar hay ocasiones en que quienes mueren a la luz del sol, debieran ser despedidos, y por el mismo pueblo en medio del cual cayeron.

Dentro de poco llevarán tu cuerpo a tu tierra canaria y española. Llegarán mañana telegramas de condolencia insincera, hipócritas notas rechazando de la violencia escritas por las mismas manos que, a continuación, escribirán otras de rechazo de la Legión, FOP, o de los caídos de la Cruzada; manos que a continuación escribirán solicitudes de amnistía de criminales. Pasado mañana, si no hay otro acontecimiento luctuoso, ya no se hablará de ti, del comandante asesinado contigo, de los ya demasiados caídos en esta sucia guerra, ni de la España que en vosotros muere día a día. Volverán los fines de mes y, con ellos, la fiesta del cobro; volverán las noches de los sábados con sus ceñas preñadas de conversaciones intrascendentes; llegarán los ansiados puentes semanales y con ellos la huida de los problemas habituales y, ¡hala!, riadas de coches a disfrutar del campo en tanto las fuerzas de la revolución se les permitan hacer; volverán las cábalas sobre los cambios de aquí y de allá; volverán los proyectos de compra de un coche mejor; volverán... ¡asco me dan las inquietudes de la actual sociedad española cuando tantos españoles están sirviendo de blanco a los ejercicios de tiro de la única clase que hoy, al parecer, puede exigir el cumplimiento, en ellos, de los derechos humanos, cuando España se nos muere!

Voy a revivir contigo esas escenas de que te hablaba. Seguro que me oírás. En estos momentos creó que vosotros, los caídos, sois para mí mejores interlocutores que los vivos.

Me he vuelto a ver, Aurelio, con mis cinco años, en pijama, en aquella noche de La Laguna, sentado en el banco de la puerta de la calle. Quizá, curioso por ver qué ocurría fuera, no recuerdo bien, salí sin que nadie de la casa se apercebiera de mi imprudencia. He vuelto a ver aquellos focos que los camiones que circulaban me lanzaban al pasar cerca de mí y que impresionaron mi cerebro para siempre. He vuelto a ver la negra silueta de los soldados, agolpados en las cajas de los camiones, recordándose sobre el incógnito azul del cielo de aquella noche.

Era el 18 de Julio.

Ignoraba yo, entonces, que tantos hombres de mi familia se disponían a exponer su sangre para que ese mequetrefe imprudente y todos los mequetrefes de España no viésemos soldados recordados sobre el cielo cuando mirásemos hacia

él, sino que fuésemos capaces de ver a Dios en su azul; para que mi gesto de salir a la calle en la noche española no tuviese nunca el calificativo de la imprudencia y de la temeridad, sino el de la normalidad y de la despreocupada contemplación de su belleza.

Y entre estos hombres estabas tú, pues no de otra manera puede llamarse a quien a sus quince años escapa de su casa, sacrifica sus ilusiones y ofrece su vida joven en aras de un ideal tan grande como son Dios y España. ¡Pensar que tuviste que falsificar la edad para que se te aceptase tu servicio en Falange!

Ha vuelto a aparecer ante mis ojos de niño, aunque imperfectamente, aquella escena de la despedida del Cristo en La Laguna. He visto de nuevo aquel recinto lleno de soldados y de gente: los unos con la ilusión de devolverle a ese Cristo una España nueva en la que El volviese a reinar aun a costa de su sangre; los otros, aceptando el sacrificio de ofrecer a esos padres, hermanos, novios, hijos para que una vez más quedaran en ridículo los programas de los impíos, y, como una vez le tocó a Voltaire, ésta le tocaba a aquella «histórica» frase: «España ha dejado de ser católica» y todos, en fin, pidiendo que, si podía ser, pasase ese cáliz y que volviesen de nuevo a abrazarse pasado el trance.

¡Y que haya imbéciles, tontos útiles, muy «objetivos» ellos, que niegan el valor de Cruzada a aquella guerra civil!

He vuelto a verte en el hospital de Tetuán. Eras teniente de Regulares de Caballería. Te habían operado el labio: ¡Tanto fumar!, te decíamos. Te recuerdo en la cama y recuerdo cómo nos metíamos contigo: ¡Vaya vida te pegas, bandido! Y tú, siguiendo la corriente, con tu acento canario y tu boca semicerrada a causa de la molestia producida por la herida, apostillabas, quizá recordando nuestra ascendencia cubana: «¡Esto es Cuba, muchacho, esto es Cuba!»

Otros tiempos aquellos para Cuba, la perla de Caribe. Tiempos en que el trabajo tenía su compensación y su traducción en una vida alegre, tranquila y sin sobresaltos; una vida de libertad.

Después, tras nuestra coincidencia en Melilla, ha vuelto mi recuerdo a tu destino en Ecija. Eras comandante y, todo ilusionado, me enseñabas y explicabas los pormenores de tu destino: aquí las carrozas, allá las cuadras de los potros, más allá

los campos donde se les domaba y no por especialistas, sino por los chicos del reemplazo a quienes preparabais vosotros.

Y cuando Conchita y tú me mostrabais vuestra casa, la «piscina» (alberca de la huerta) donde os refrescabais del rigores del calor de Ecija, así como ese bello marco en donde se desarrollaba vuestra vida, sus monumentos, sus estupendos y magníficos patios, no pude menos que recordaros tu frase: ¡Esto si que es Cuba, muchacho, esto si que es Cuba!

Ahora no era la broma de hacer alusión a la «buena vida», olvidando el trabajo necesario en esta vida para conseguirla y disfrutarla, ahora con ello recogía la satisfacción por un trabajo que se hacía agradable al ser la realización de tu genuina vocación y espíritu jinetes, y cuya compensación era una tranquila vida familiar. Que éstas y no otras condiciones son las que constituyen nuestro concepto de «buena vida».

Peró, querido Aurelio, Cuba cambió. Una pléyade de bobalicones, tontos útiles, centristas, dialogadores, moderados y demás canalla traidora y sin ideales, fue la cohorte de la que se sirvió esa mundial conspiración masoníco-marxista para hacer de Cuba una nación triste en lugar de la alegre, que había justificado tu frase, una nación sometida a la más bárbara de las esclavitudes. Ya no podíamos utilizar nuestra frase y no podíamos pensar que algún día volviésemos a hacer uso de ella.

Aquí acabaron, Aurelio, mis imágenes del pasado. Aquí empezaron mis imágenes sobre el presente, las suposiciones de lo que estaría ocurriendo allá, en los luceros, en el puesto que, como caído, ya tienes allí; y me he puesto a pensar en quienes serán los compañeros entre los que has ido a formar.

Supongo que habrás sido recibido triunfalmente por todos aquellos miembros de la familia que un día se despidieron del Cristo de La Laguna y te han precedido. Y digo triunfalmente, porque el que tú y tantos ya, que estabais hechos para otra muerte más heroica, muráis como los conejos en un coto, no es culpa vuestra. Es posible que un día en un Alto Tribunal se oiga la voz de ese Cristo de La Laguna, Cristo de España y del mundo entero demandando por la vida de tanto patriota asesinado sin poner remedio y freno a tanta muerte alevosa, antes alentándolas con las amnistías y concesiones culpables.

Supongo que te habrá recibido el tío Luis Blanco Valdepérez. Medalla Militar. Caballero mutilado, ciego y manco, por intentar el solo desactivar una mina, ya que esperaba que explotase al ser manipulada segando su vida y la de los que estuvieran con él. Por ello, ordenó la retirada de sus subordinados. ¡Menos mal que Dios se lo llevó hace unos años! Hubiera muerto de pena al ver en qué ha quedado su sacrificio, su larga noche de treinta y cinco años y su obligada limitación a causa de la falta de su brazo derecho. Supongo que, ya con sus dos brazos, te habrá dado un abrazo muy fuerte al verte llegar, pues ya no hay oscuridad para él.

Supongo que allí habrá estado el tío Pepín Gómez Pérez-Zamora, primer caído de los nuestros, ya que el ofrecimiento de su vida joven y llena de ilusiones fue aceptada por el Cristo de La Laguna en la Ciudad Universitaria, en Madrid.

Allí estaría, ¡cómo no!, el tío Luis Gómez Pérez-Zamora, quien, no contento de ofrecer su vida por una nueva Reconquista de España, quiso ir a combatir en las estepas rusas a esa ideología materialista y anticua que intenta eliminar a Cristo de la vida de los hombres.

Tampoco podría faltar el patriarca, el coronel Gómez Romeu, quien no iba solo a la empresa tan grande: arrastraba tras de sí tres hijos (Miguel, Luis y Pepín), dos yernos (Luis, desde Canarias, y Víctor, desde Regulares de Larache) y sobrinos como tú y tu hermano. ¡Qué familia!

Y allí, en la franca camaradería de los héroes, presididos por el Cristo de La Laguna en persona, reunión a la que no faltaría nuestro Generalísimo, a quien se le saltaban las lágrimas cuando hablaba con el tío Luis Blanco, supongo que les habrás hablado de España:

Les habrás contado cómo una pléyade de perjuros, traidores, tontos útiles, beatos, dialogantes, estúpidos, etcétera, etcétera, han hecho inútil su esfuerzo. Les habrás contado cómo otra vez los niños españoles no ven a Dios cuando miran a lo alto, pero que tampoco ven soldados, sino que ven toda clase de imágenes obscenas que se exhiben en los puestos de periódicos, en los periódicos, en los cines, en los anuncios, en la Televisión, etcétera. Les habrás contado cómo, otra vez, es una temeridad salir a contemplar la noche española. Cómo a causa de la falta de autoridad y de ideales, España se ha convertido en coto de caza en el que no ya el que se siente español y lo proclama valientemente, sino que otra vez el simple ciudadano que creía salvarse estándose calladito son cazados y en la impunidad más absoluta, como te ha ocurrido a ti.

En fin, tío Aurelio, espero que para terminar, y antes de pasar a tu puesto, les hayas dicho: «¡Aquello hay que salvarlo, porque aquello va camino de ser Cuba, muchachos!»

¡Coronel Aurelio Pérez-Zamora!

¡¡Presente!!

José-Luis GARCIA-CONDE